

R B A

# JIM THOMPSON

**Un cuchillo  
en la mirada**



Jim Thompson

# Un cuchillo en la mirada

Título original: After Dark, My Sweet

Traducción: Carlos Sampayo

## 1

Cogí un tranvía hasta los confines de la ciudad, y luego empecé a caminar meneando el pulgar cada vez que veía aparecer un coche. Iba bastante bien vestido: camisa blanca, pantalones marrones y zapatos deportivos. Me había duchado en la estación del ferrocarril y me habían cortado el pelo en una escuela de peluquería, así que, después de todo, no tenía mal aspecto. Pero eso no bastaba para que alguien me parara. Se habían producido un montón de robos de resultados del autostop en aquella zona, y la gente no estaba dispuesta a arriesgarse.

Alrededor de las cuatro de la tarde, después de haber recorrido unos quince kilómetros, llegué a este bar. Pasé por delante, caminando cada vez más lentamente y discutiendo conmigo mismo. Perdí en la disputa —perdió la parte de mí que iba por buen camino— y volví sobre mis pasos.

El camarero me sirvió la cerveza con cuidado. Alcanzó las monedas que le había dejado sobre el mostrador, volvió a sentarse en su taburete y cogió un periódico. Yo dije algo sobre la certeza de que sería un día caluroso. Él gruñó sin ni siquiera mirarme. Dije que era un lugar recogido y agradable, y que seguramente sabía muy bien cómo conservar fría su cerveza. Volvió a gruñir.

Bajé la vista hacia mi cerveza y noté que los pelitos cortados se iban erizando por detrás de mi cuello. Supuse —supuse— que nunca debería haber entrado allí. No debería ir a ningún sitio donde la gente no fuera agradable y educada conmigo. Eso es todo lo que tienen que hacer, ¿saben? Tan solo ser agradables conmigo, como yo lo soy con ellos. He

estado en cuatro instituciones, y mi ficha más o menos siempre dice lo mismo:

*William («Kid») Collins*: Rubio, muy guapo, bastante fuerte, ágil. Ligeras o nulas tendencias criminales, dependiendo de los factores ambientales. Ligeras y múltiples neurosis (ambientales). Psicosis, Korsakoff (no hay síndrome) inducido por *shock*; agravado por preocupaciones. Tratamiento: reposo absoluto, tranquilidad, alimentación y ambiente saludables. Collins es amistoso, educado, paciente, pero puede transformarse en peligroso si se le provoca...

Terminé mi cerveza y pedí otra. Deambulé tranquilamente hacia el servicio y me lavé la cara con agua fría. Mientras me miraba al espejo, me preguntaba dónde estaría a esa misma hora al día siguiente y por qué me preocupaba por ir a algún sitio si cada lugar era como el anterior. Me preguntaba también por qué no me había quedado donde estaba —una semana antes y a mil quinientos kilómetros de allí— y por qué no estaría bien regresar. Desde luego, en aquel lugar no me habían tratado bien del todo. Estaban demasiado amontonados, demasiado desocupados, demasiado sin un duro, pero se habían comportado de manera bastante agradable conmigo, y de no haber sido porque estaba tan condenadamente cansado, y si no me lo hubieran puesto tan fácil para escapar... Era tan fácil que casi podías pensar que querían que lo hicieras.

Lo único que tuve que hacer fue caminar hacia el bosque a través de descampados. Y cuando llegué a la autopista, al otro lado del bosque, había un chico arreglando un neumático de su coche. Él no me vio. Nunca supo qué le golpeó. Lo arrastré hacia los árboles, me embolsé los setenta billetes que llevaba y me fui caminando hacia la ciudad. Alcancé un tren de mercancías que me dejó al otro lado de la frontera del estado, y desde entonces estoy viajando. No,

en realidad yo no le hice daño a ese chico. Con los años me he vuelto un poco áspero y rudo, pero me cuidó mucho de hacerle realmente daño a nadie. No tengo por qué.

Conté el dinero que llevaba encima, sumando mentalmente el resto que me había quedado del bar. Cuatro billetes. Algo menos de cuatro billetes. Quizá, pensé, quizá debería volverme. Los doctores pensaban que estaba mejorando. Yo mismo no lo veía, pero...

Suponía que no debía volver. No podía. El chico no me había visto atizarle, pero ellos sabían hacer cálculos y era probable que llegasen a la conclusión de que lo había hecho yo. Y si volvía, me lo colgarían. No podían hacerlo de otra manera. Posiblemente todavía no habían informado de mi desaparición. Si el tipo no es un maníaco o algún pez gordo —alguien de quien el público esté pendiente, ya saben—, rara vez se le hace un informe. Es una mala publicidad para la institución y, por otra parte, a la gente no suele interesarle un evadido cualquiera.

Salí del servicio y volví al bar. Había una furgoneta grande aparcada frente a la puerta, y una mujer estaba sentada en un taburete cercano al mío. A primera vista, no me gustó demasiado. No obstante, esa furgoneta era muy apetecible. La saludé, inclinando la cabeza con educación, y le sonreí a través del espejo, mientras me sentaba.

—Un día bastante cálido —dije—. Realmente despierta la sed. ¿No le parece?

Giró la cabeza y me miró, tomándose todo el tiempo. Paseó su mirada sobre mí desde la cabeza hasta los pies.

—Bueno, le diré algo al respecto —dijo—. Si en realidad está interesado, le explicaré mi teoría sobre el asunto.

—Desde luego. Estoy interesado. Me gustaría oírlo.

—Es un pronombre —dijo—. También un adverbio, conjunción y adjetivo.

Se apartó cogiendo su bebida. Yo cogí mi cerveza, con ligeros temblores en la mano.

—Vaya día —dije, como riéndome conmigo mismo—. Iba hacia el sur con ese amigo mío, Jack Billingsley —supongo que conoce a los Billingsley, una familia de grandes terratenientes—, nuestro coche se paró de golpe y yo me fui caminando a buscar ayuda a un taller. Así que volví con la grúa y ese loco de Jack ya se había largado. Me imagino que lo que habrá pasado es...

—Jack consiguió arrancarlo él solo —dijo—, eso es lo que ha ocurrido. Había empezado a buscarlo, y de alguna manera han estado cruzándose en la autopista. Ahora él no sabe dónde está usted y usted no sabe dónde está él.

Ella terminó su bebida, un martini doble, e hizo una seña al camarero. El tipo le sirvió y me lanzó una mirada feroz mientras se lo colocaba delante.

—Este endemoniado de Jack —dije riendo y sacudiendo la cabeza—. Me pregunto dónde demonios podrá estar. Tendría que saber que he venido a esperarlo a un sitio como este.

—Puede que haya sufrido un accidente —dijo ella—. De hecho creo haber leído algo sobre ello.

—¿Eh? Pero usted no puede...

—Uy, uy. Él y una joven llamada Jill. También tú has leído algo al respecto, ¿verdad, Bert?

—Sí. —El camarero continuaba clavándome la mirada—. Sí, lo leí. Están frescos, señor. Les saltó la cabeza. Si fuera usted, yo no los esperaría mucho más.

Me hice el tonto. Comenté que seguro que no iba a quedarme a esperar mucho tiempo.

—Creo que me tomaré otra cerveza, y si para entonces no ha aparecido, me vuelvo a la ciudad y cojo un avión.

Me sirvió otra cerveza. Comencé a bebérmela y los ojos me empezaron a escocer; un sentimiento de encerrona iba creciendo dentro de mí. Me habían calado, y esperar no me serviría de nada. Sin embargo, por alguna razón, no podía irme de allí. Era lo mismo que había ocurrido con Bearcat en Burlington, no había podido deshacerme de él aquella noche, hace ya años. Bearcat había estado jugando sucio conmigo, moliéndome a palos en el cuerpo a cuerpo y diciéndome un montón de porquerías. Él me mantenía allí, lo mismo que ellos ahora, y no podía hacerlo parar, al igual que no podía detener a estos tampoco.

Lo rememoré con la claridad del fluorescente. Las luces me abrasaban los ojos. El polvo de resina y el olor a cerveza del amoníaco me estaban estrangulando. Y por encima del estruendo de la multitud, voy y oigo aquella voz salvaje que grita:

—¡Paren! ¡Paren! ¡Le va a arrancar los sesos a patadas! ¡Esto es un asesinato! ¡ASESINATO!

Tomé mi vaso y me bebí el resto de la cerveza de un trago. Deseaba marcharme y que me dejaran en paz. Pero no me parecía que fueran a hacerlo.

—Hablando de aviones —comenzó a decir ella—. He oído una historia divertida sobre un hombre en un avión. Sin-



ceramente creí que me moría de risa cuando... —Rompió a reír, llevándose un pañuelo a la boca.

—¿Por qué no se lo cuentas tú? —El camarero sonrió con esfuerzo y sacudió la cabeza mirándome—. Le gustaría oír una historia muy divertida, ¿verdad, señor?

—¿Por qué no? Siempre disfruto de una buena historia.

—Vale —dijo ella—, esta le matará. Parece ser que era un viejo de esos con barba blanca. Tomó el avión de Los Angeles a San Diego. La tarifa era de quince dólares, pero el viejo solo tenía doce, así que lo tiraron en mitad del océano.

Esperé. Ella no agregó nada más. Por fin, intervine.

—Señora, creo que no lo cojo.

—Bueno, pues búscalo dentro de tu cabeza. Quizás así lo entiendas.

Los dos me sonrieron con burla. El camarero lanzó su índice hacia la puerta.

—Vale, tío. ¡Esfúmate!

—Pero si no he hecho nada malo, me he comportado bien. Usted no tiene derecho...

—¿Qué te apuestas? —me espetó.

—Yo no les he pedido nada —dije—. Entré aquí para esperar a un amigo, estoy limpio, soy educado y mi aspecto es respetable. Yo... yo cumplí con mi servicio militar y fui a la universidad... hace un año y medio... y...

Las venas de mi garganta estaban a punto de reventar. Todo empezó a parecerme rojo, borroso y confuso.

Oí una voz. La voz de una mujer que decía:

—¡Ah! No te lo tomes así, chico. No te aceleres, hombre.

Y, por lo que pude ver a través de la confusión, no tenía mal aspecto. Ahora más bien me parecía guapa y gentil... como parecen las personas que te gustaría tener como amigas.

El camarero llegaba desde la barra, venía hacia mí.

—¡No lo hagas, Bert! ¡Deja al chico tranquilo! —le dijo, y a continuación dejó escapar un grito. Él me había agarrado por la camisa y yo le había agarrado a él. Cerré un brazo alrededor de su cuello y le atraje hacia mí, medio cuerpo, a través de la barra. Le di un puñetazo tan fuerte, que me dobió la muñeca. Cayó, deslizándose tras la barra, y yo eché a correr.

## 2

Es extraño lo equivocada que puede ser tu primera impresión sobre la gente. La primera impresión que tuve de ella es que casi no valía la pena mirarla, tan solo una hembra asequible con dinero. Y que le sacudía mucho a la bebida; eso se veía a las claras. Pero estaba equivocado en cuanto a su apariencia. Era joven. Yo tengo treinta y tres años, y ella no podía tener muchos más. Era guapa; preciosa, diría yo. Debía de haber llevado una vida dura durante bastante tiempo, y eso se veía en su cara. Sin embargo, su aspecto era bueno, así como sus gestos y su figura. Y a veces —bueno, algunas veces— podía ser tan agradable como parecía.

Solo había recorrido unos cuantos metros por la carretera cuando la furgoneta se detuvo junto a mí y ella se inclinó para abrirme la puerta.

—Entra —dijo sonriendo—. Todo está bien. Bert ya no te causará más problemas.

—¿Sí? Bueno, yo no le daré muchas oportunidades, señora. Solo me había parado allí un ratito, y ahora continúo viaje.

—Te digo que todo está bien. Bert sería la última persona en el mundo en llamar a la poli. Es igual, no vamos a volver allí. Te voy a llevar a mi casa.

—¿A su casa? —dije.

—No está lejos de aquí —acarició el asiento sonriéndome—. Vámonos ya. Sé buen chico.

Me hallaba bastante confundido y me preguntaba por qué se mostraría tan amistosa ahora, cuando había sido tan difícil hasta muy poco antes. Empecé a formularle la duda, y no esperó a que yo terminara.

—Tenía un par de razones —dijo—. Por una parte no quería que Bert supiera que podía estar interesada en ti. Cuanto menos sepa un tipo como Bert sobre mis asuntos, mejor.

—¿Además?

—La otra razón es... bueno, quería ver cómo reaccionabas, qué clase de tío eras. Quería saber si eras la clase de tío que yo estaba pensando.

Pregunté qué clase era esa exactamente. Ella se encogió de hombros un poco impaciente.

—¡Oh, yo qué sé! Quizá... tampoco importa mucho...

La autopista bajaba una pendiente a través de un bosquecillo, con un sendero que iba hacia el sur. Enfiló el sendero, y después de unos quinientos metros, llegamos a su casa. Estaba sobre una colina.

Era una gran casa de campo, blanca, situada en medio de un claro, en un bosque de varias hectáreas. Daba la impresión de haber sido un sitio agradable en otro tiempo. Aún parecía bastante agradable, pero no era nada en comparación con lo que debió de haber sido. La pintura estaba sucia y desconchada. Faltaban escalones en la entrada. Algunos ladrillos de la chimenea estaban diseminados por el tejado y las mosquiteras de las ventanas lucían grandes agujeros oxidados. El césped parecía no haber sido cortado nunca. La hierba era tan alta que no se veían los senderos.

Una vez nos hubimos detenido, se quedó mirando por la ventanilla durante un rato. Echó un vistazo y sacudió la cabeza, murmurando algo así como que el trabajo era la maldición de las clases bebedoras.

—Bueno, ya hemos llegado —abrió la puerta—. De paso, yo soy la señora Anderson. Fay Anderson.

—Me alegro de conocerla, señora Anderson.

—Y yo estoy muy feliz de conocerte. Es un honor singular. No creo haber conocido antes a otro hombre sin nombre.

—¡Oh, perdone! —me reí—. Me llamo Bill Collins.

—¡No! No serás aquel Bill Collins...

—Bueno, no sé. Supongo que sí, que lo soy.

—Mira, no te sientas mal por eso. Es tu historia, así que debes aguantarte con ella a cuestas.

De nuevo cambiaba, volvía a ser difícil.

Subía y bajaba de esa manera todo el tiempo. Me parecía simpática durante un minuto, y fastidiosa al minuto siguiente. Todo dependía de cómo se sintiera; y cómo se sentía, dependía de la cantidad de alcohol que tuviese dentro. Con la cantidad justa —y eso también cambiaba de hora en hora—, era agradable. Sin dicha cantidad, se volvía mala.

—¡Venga, entremos! —decidió de golpe—. ¿A qué estamos esperando? ¿Quieres que te lleve en brazos?

Titubeé mientras buscaba algo que decir. Ella juró entre dientes.

—¿Está usted asustado, señor Collins? ¿Tiene miedo de que le robe su dinero y objetos de valor?

Me reí y dije:

—No, desde luego que no. Solo me estaba preguntando que... bueno, ¿qué pasa con su marido? Usted me ha dicho que era la señora...

—Él tampoco te va a robar. Solo le dejan salir de la tumba en las fiestas nacionales.

Salió del coche dando un portazo y se alejó contoneándose. Dio unos pasos, pareció volver a controlarse, supongo yo, y volvió.

—Hay un buen bistec en la nevera, algunas cervezas frías y todo lo que hace falta en materia de bebidas. Tengo algunos trajes bastante buenos, eran de mi marido y... vamos a dejarlo. Haz lo que quieras, está de más decirlo; si quieres, te llevo otra vez a la autopista.

Dije que no tenía ninguna prisa por volver a la autopista.

—Solo me estaba preguntando... Quiero decir... ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Y yo qué sé? —Su voz se volvió frágil otra vez—. Probablemente nada, ¿qué más da? ¿Quién eres tú para hacer algo por alguien?

—Bueno, creo que entraré un ratito.

Entramos por la puerta trasera. Mientras yo me acomodaba en el cuarto de estar, ella se dedicó a preparar las bebidas en la cocina. Todo estaba roto y revuelto, tanto allí como en la cocina. Los muebles eran de buena calidad, o lo habían sido alguna vez, pero no quedaba mucho de

ellos. Parecían incompletos, como si en otro tiempo hubieran sido más grandes.

Di vueltas de aquí para allá mirando alrededor. Recogí algunos recortes de periódico del aparador y empecé a echarles un vistazo. Todos eran fotos del mismo chico, un jovencito de unos siete años llamado Charles Vanderventer III. Los dejé rápidamente donde estaban y me senté.

Ella entró con las bebidas, trayéndose la botella. En el tiempo que yo me bebí una copa, ella se bebió tres.

—Bill Collins —se reclinó y me miró—, Bill Collins. ¿Sabes? Pienso que te llamaré Collie.

—De acuerdo. Hay un montón de gente que me llama Collie.

—Es porque pareces un perro collie. Estúpido, peludo y con una gran narizota, ideal para meterla en los asuntos de los demás. ¿Con qué intención te pones a fisgar en los recortes?

—No estaba fisgando. Se habían caído, así que los he recogido y los he mirado.

—Ajá. Claro. Seguro. Naturalmente.

—¿Él... esto, su familia... son amigos suyos? —Solo intentaba conversar y sacarla un poco de su mal humor—. ¿Son, digamos, parientes?

—Es mi tatarabuelo —dijo—. Una de las ramas más pobres de la familia. Ya sé que no vas a creerlo, pero tienen la insignificancia de cuarenta millones de dólares.

Se sirvió más whisky, se llenó el vaso hasta la mitad, volvió a recostarse. Estaba encendida, y sus pequeños ojos